

Precio de suscripción

→←

En Lorca, mes . . . 0,40 pesetas.

Fuera . . . 0,50

EL OBRERO

Redacción y Administración

Corredera, 54.

→←

No se devuelven los originales

ÓRGANO DEL CENTRO OBRERO

UNO PARA TODOS

SE PUBLICA LOS JUEVES

TODOS PARA UNO

El juego de la sartén

Bien visto, y pasado ya el impulso de la indignación instintiva, no tiene nada de particular ni extraordinario el espectáculo que en plena feria se sirvió á la concurrencia rural y urbana que invadió el domingo el paseo.

Tanto como á las gentes cultas indignó, regocijó á las incultas, en lo cual hay una innegable compensación y una equidad evidentísima.

Ni la autoridad ni los organizadores del festejo podían contentar á todos, y puesto que hubo, y no pocos, quienes se divirtieron viendo á cuatro desarrapados desafiar el tizne por el duro, bien ideada fué la fiesta, ya que el programa que nuestra ilustre Municipalidad nos regaló para feria, no merecía tampoco ampliación más pulcra y lujosa.

Quedamos, pues, en que no estuvo del todo mal la concurrencia, y para si aún hay descontentadizos y remilgados que persistan en abominar del clásico é inocente juego de la sartén, apuntaremos la consideración de que todo ha de ser relativo, y todo obedece á la ley de origen, y no se pueden pedir peras al olmo, ni al golfo cotufas, según advierte en sus refranes la infalible sabiduría popular.

¿Ni quién tiene en Lorca derecho á taparse los ojos para no ver en la Plaza de Marín lo que en otro lugar contempla todos los días sin queja ni espanto? ¿Qué viene á ser hoy la administración sinó el mismo juego de la sartén, con su tizne y su moneda?

¿No les véis, no les véis á diario clavar la dentellada en el duro, sin miedo á rebozarse los hocicos de hollín?

¿No les véis atropellarse para subir al tablado donde la sartén cuelga y alcanzar el dinero que reluce, sin advertir que mancha?

¿Y aun ese mismo caso que se ofreció el domingo, de que al hábil que alcanzó el duro se le caiga y otro furtivamente lo recoja ¿no lo habéis presenciado? ¿no lo recordáis?

Del quemandaba, decíase antaño que tenía la sartén por el mango; ahora puede decirse que entra en el juego de la sartén.

Repítase el espectáculo en todas las fiestas y ferias que por acá vengan, que no hay motivos para que nadie se ofenda ni se extrañe. Al fin y al cabo, en la diversión del domingo no fué el pueblo quien puso el dinero, lo cual ya es una ventaja que tuvo ése sobre el otro juego de la sartén.

Y tú, hijo del arroyo; tú, golfo miserable, que espoleado por el hambre te encaramas sobre el tablado y ofreces tus grotescas contorsiones á las risotadas de una turba ruín; tú, que descienes con el duro en la boca y la cara encenagada de sebo negro para sarcasmo de imbéciles; ¡no te avergüences! La necesidad, la miseria, el estómago vacío que te muerde, la intemperie asoladora que te abrasa en verano y te entumece y igarrotta en invierno, excusan tu bajeza, te eximen de los anatemas rígidos de la moral.

Y mira, allí, en aquel edificio fastuoso y severo, donde supones que todo es elevación, grandeza y rectitud, allí hay todos los días otra sartén tiznada y con monedas relucientes, y ante ella hacen iguales giros y contorsiones personajes de porte grave y facha lustrosa, los hombres que tu miras con temor de perro domado á palos, los que consideras fruto de una semilla mejor que la que á tí te produjo: ¡Y ellos también se tiznan por cojer el duro! ¡Y á ellos también los ve la muchedumbre! ¡Y ellos no tienen la disculpa de la necesidad!

Acabada la fiesta, tú puedes dejar tu cara limpia como antes, con cuatro golpes de agua. ¡Pero ellos!... ¡Ay, las manchas de la otra sartén no saltan nunca!

EN LA FERIA

(Diálogo)

—Por lo que decíamos el otro día de la falta de riego, fijate como rociaban aquéllos feriantes las confitaciones de sus respectivas casetas

á mano; estarán satisfechos de tal abandono después que se les ha presentado a pedirles propina los barrereros, regadores y serenos; como si aquí fuesen ciertos empleados una tanda de mendigos.

—¿Qué vergüenza!

—Y mientras que esto está hecho una rambla no falta quien murmure de si las mulas que sostiene el municipio, juntamente con un municipal, de paisano, prestan servicio en una obra de propiedad particular.

—Pero ¿hay quien se atreva á tanto?

—¿A tanto dices? Eso se mira aquí como insignificancia. Sorprendido un amigo mío de que un concejal tuviese á sus órdenes un guardia, de paisano por supuesto, manifestó á otro concejal su extrañeza por tal anomalía; figúrate cual no sería la sorpresa de mi amigo cuando escuchó de boca del interpelado lo siguiente: «Aquí mandamos para algo, si ese tiene u o á su servicio, yo tengo tres.»

—Qué barbaridad!

—Como suena. Siempre fué apropiado á nuestro país la célebre copla «Porque de Lorca no hay antes» pero como ahora nunca. Parece que nuestros administradores, los hombres del turno, ponen empeño en legar sus nombres á la posteridad ya que no por la brillantez de sus actos por lo tuesto de sus gestiones. Ya ves, hasta aquello más rudimentario y sencillo, el riego de un paseo, se desatiende en absoluto.

—¿Pero en qué se ocupan? Si no atienden á la enseñanza, ni á las obligaciones de policía urbana, ni á lo más esencial y perentorio y tras el abandono de tan importantes cuestiones á administración es obscura y desastrosa ¿qué hacen esos hombres?

—¿Anda la órdiga! como dicen en las piecitas del género chico. ¿qué hacen? pues sacrificarse, hombre, sacrificarse por el ingrato país tomándose la molestia de administrarlo ni más ni menos que como si fueran sus particulares intereses, pero con tanto fervor, tan á lo vivo, que hay quien hace de su ca-

pa un sayo, creyéndose en la obligación de dar participación á lo sumo á la familia y á alguno que otro amigo; ni más ni menos que si esto fuera un feudo ó heredad que disfrutaran por derecho divino.

—Pasma pensar no sólo en lo que aquí ocurre, sinó en como se toleran ciertas cosas.

—Pues ¿y en Consumos? Dicen que para el mejor aprovechamiento se han puesto varias recaudaciones, *amen* del extrarradio, que están resultando de primera.

—Y se recauda mucho?

—Eso es un secreto; hay quien cree que el empeño de no hacer pública la recaudación, como está acordado y es de ley, obedece á que piensan dar una sorpresa al país presentando, á la salida de esta situación política, las arcas municipales rebosando dinero; para esto, claro es que habrían de poner todos sus cinco sentidos, *amen* de algún dinero de su bolsillo. ¿Quién sabe! Aquí ya es sabido: los políticos se sacrifican por el país con resignación evangélica; al que más ó al que menos le cuesta la política una fortuna. Así es muy justo que se consignen los hechos *gloriosos* de todos y cada uno de los que nos han traído la felicidad, los hechos *gloriosos* ¿sabes? Si hay algún pecadito (poca cosa) ó alguna fecha *memorable*, eso no va á las Crónicas.

—¿Y qué hay de esa oficina que dicen que aprieta más que un dolor?

—Hombre, si la cosa viniera de veras, es decir, que fuera el tan deseado descubrimiento de la riqueza oculta yo me alegraría de ello; porque á parte de que es justo que cada cual contribuya equitativamente á levantar las cargas del Estado, en cuanto los propietarios privilegiados dejen de ir á gusto en el *machito* ya no dirán que nos quejamos de vicio y vendrán á protestar con nosotros. Lo malo es que esto sea como por desgracia suelen ser todas estas cosas en España «que viva la gallina y viva con su pepita» aunque la saquen un ala al hacer el *reconocimiento*.